

Ambito y postulados del postmodernismo paraguayo

Es un poco penoso comprobar, una y otra vez, las omisiones en que ha incurrido la crítica hispanoamericana respecto al postmodernismo paraguayo, no sólo en recuentos históricos, sino hasta en volúmenes monográficos, como *El postmodernismo*, de Octavio Corvalán: el único paraguayo que tiene el honor de ser mencionado en dicho libro es Hugo Rodríguez Alcalá, y ni siquiera como poeta, sino como autor de un estudio crítico sobre Güiraldes¹. Sirva este modesto esfuerzo de investigación para proponer nombres como el de Manuel Ortiz Guerrero, el más destacado representante del postmodernismo temprano en el Paraguay, y así contribuir a llenar esos huecos tanto tiempo inadvertidos. En el costado postmodernista, no rubendariano, de Ortiz Guerrero late una conmovedora sinceridad confidencial e intimista. En la huella de Antonio Machado, aborda graves temas existenciales o emplea la segunda persona verbal para intensificar la comunicación.

En esa época se destacaron también los poetas Raúl Battilana De Gásperi (1904-1923), y Heriberto Fernández (1903-1927), y los dramaturgos Facundo Recalde (1896-1969), y Luis Rufinelli (1889-1973). Por su parte, los poemas, relatos y ensayos de J. Natalicio González (1897-1966), basados en la propaganda de una Edad de Oro del pasado guaraní, la exaltación sentimental del caudillismo histórico (que el paraguayo cifró en López, como algunos populistas argentinos en Rosas), y un exacerbado revanchismo antiliberal, convertirían a su autor en el jefe indiscutido del ala populista del Partido Colorado (que lo elevaría fugazmente a la presidencia, en 1948).

Al período de postguerra siguió en el Paraguay una larga hegemonía del Partido Liberal, que conoció dos etapas claramente diferenciadas. Durante la primera, de 1904 a 1924, con las frustradas y brevísimas interrupciones de las dos presidencias de Gondra, en 1910 y 1920 respec-

¹ OCTAVIO CORVALÁN, *El postmodernismo* (N. York: Las Américas, 1961), p. 109.

tivamente —cuyo programa anticipaba la reforma radical—, la oligarquía paraguaya continuó la empresa que ya había empezado, en realidad, bajo los gobiernos legionarios y colorados que le habían precedido: venta de la inmensa extensión de tierras fiscales al capitalismo extranjero (sobre todo, argentino, dependiente a su vez, del imperialismo inglés), enajenación de la autonomía económica que había disfrutado el país antes de la guerra para pasar a convertirse, de naciente potencia industrial independiente, a satélite neocolonial subdesarrollado y agroexportador del sistema capitalista internacional controlado en la región del Plata por los intereses británicos en esa época. Una de las consecuencias sociales más oprobiosas de este proceso fue la instalación del feudo explotador de los yerbales del Guairá, que se erigió como un microestado en manos de capitalistas foráneos dentro del Estado, en el que los obreros «mensualeros» (los llamados *mensú*), padecían unas condiciones absolutamente inhumanas de existencia.

El más importante prosista paraguayo antes de Roa Bastos, Rafael Barret, denunció aquellas lacras sociales. Nacido en Torrelavega (en la provincia española de Santander), se había trasladado a Buenos Aires en 1903, y a Asunción al año siguiente, donde desempeñó tareas periódicas, técnicas, y docentes, se casó, y tuvo a su hijo, Alex, en 1907. En 1908 fundó el semanario *Germinal*, de tendencia anarquista, y la Federación Obrera Regional del Paraguay; detenido y desterrado por el gobierno liberal del Coronel Albino Jara, viajó a Corumbá (Brasil), y se instaló momentáneamente en Montevideo. Regresó al Paraguay en 1909, y residió en Javevry y San Bernardino. Enfermo de tuberculosis, se embarcó con destino a Europa en 1910; falleció en Arcachon (Francia) a fines de ese año. En 1943, un extenso volumen titulado *Obras completas*, editado en Buenos Aires, reunió gran parte de su producción, incluidos treinta y seis *Cuentos breves*, de 1910. Pero el cuerpo más importante de su obra son sus ensayos, especialmente las colecciones *El dolor paraguayo*, *Lo que son los yerbales*, y *Moralidades actuales*. En el pensamiento de Barret se percibe la influencia originaria del Regeneracionismo peninsular, encabezado por Joaquín Costa (1846-1911); aquél tuvo que haber leído, por ejemplo, el ensayo *Colectivismo agrario en España* (1898), de Costa, en el que este exigía a sus coetáneos que se preocuparan menos de las glorias históricas del pasado nacional, que echaran «doble llave al sepulcro del Cid», y se dedicaran a regenerar, a dar nueva vida al país, aplastado por la derrota en la guerra Hispano-Norteamericana. Lo mismo pidió Barret a los románticos tardíos paraguayos, obsesionados por la hecatombe de 1870. También pudo influir en Barret el ensayo *Idearium español* (1898) de Angel Ganivet, que buscaba las raíces espirituales del genio nacional español. Semejante propósito sugiere el ensayo «El genio nacional», de Barret, respecto a la identidad nacional paraguaya. Ahora bien, los noventaiochistas españoles, fundamentalmente Unamuno, y Machado, no se contentaron con el

programa unificador y modernizante del Regeneracionismo, sino postularon una revolución, «no desde arriba ni desde abajo, sino desde todas partes», como expresaba don Antonio, en una carta a don Miguel, de 1915. La acción sindical y periodística de Barret, así como las vertientes radicales, cristiana, anarquistas, y socialistas de su pensamiento, lo descubren como un cabal «noventaiochista americano». Lo mismo puede decirse de la sobriedad, la elegancia, y la ascética ternura de su prosa, que describía el paisaje paraguayo, tanto como la psicología profunda y la «intrahistoria» de su pueblo. Por su exploración de la identidad nacional paraguaya como una expresión de la intrahistoria popular del país, Roa Bastos merece con creces la consideración de máximo heredero moral —puesto que no estilístico— de Rafael Barret².

La segunda etapa de gobiernos liberales, aproximadamente desde el ascenso a la presidencia del doctor Eligio Ayala en 1924 hasta la victoria paraguaya en la Guerra del Chaco contra Bolivia bajo la presidencia del doctor Eusebio Ayala en 1935, fue en casi todos los aspectos muy superior a la primera. Los dos Ayala no estaban unidos por el parentesco, aunque sí por una sólida formación intelectual perfeccionada en Europa y, sobre todo, por una similar aspiración a la unidad nacional y una simpatía hacia algunas reformas políticas y sociales, como la reconciliación de los partidos tradicionales que permitiera un juego democrático y un mutuo respeto más eficaces. Además, la funesta anarquía política de la primera etapa, fue reemplazada por gobiernos más estables. El primer Ayala no sólo pudo terminar sin contratiempos su período constitucional, sino completar su ciclópea tarea de saneamiento administrativo como Ministro en el gabinete de su sucesor, José P. Guggiari, quien también alcanzó a concluir normalmente su mandato, y transferirlo, después de unas elecciones libres, al segundo Ayala en 1932, año en que estalló el conflicto chaqueño. A esta segunda etapa liberal, a todas luces más constructiva que la primera, corresponde adecuadamente la calificación de radical, en el sentido que se ha dado a este término para nombrar, por ejemplo, los gobiernos de José Batlle y Ordóñez (1903-1907; 1911-1915), en el Uruguay, y de Hipólito Yrigoyen (1916-1922; 1928-1930), en la Argentina, alrededor de esa misma época³.

² RAFAEL BARRET, *El dolor paraguayo*, con importante prólogo de Augusto Roa Bastos (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978); *Obras completas* (Buenos Aires: Americalee, 1954); sobre el autor, JUAN MANUEL MARCOS, «El problema de la historia en la obra de Barret», *Estudios Paraguayos* IV, 1 (1976), pp. 167-74; VLADIMIRO MUÑOZ, «Rafael Barret y Viriato Díaz-Pérez», en VIRIATO DÍAZ-PÉREZ et al., *Coelho Netto y Agustín Barrios* (Palma de Mallorca: Luis Ripoll, 1981), pp. 7-82.

³ ELIGIO AYALA, *Mensaje del Presidente de la República al Congreso Nacional* (Asunción: Imprenta Nacional, 1926); *Migraciones* (Santiago de Chile: la Sud-América, 1941); sobre el autor, Francisco Bazán, *Eligio Ayala, el pensador* (Asunción: Curupí, 1976); JUSTO PASTOR BENTÍTEZ, «El estadista del Paraguay moderno», en su *Solar*, cit. Sobre el krausismo en el

Como era natural, en el ambiente de mayor tolerancia de esos años se produjo el despertar de círculos literarios, revistas, elencos teatrales, y creaciones musicales. Juan Stefanich publicó su novela regionalista *Aurora* en 1920. José Asunción Flores creó el género musical de la Guaranía en 1925. Arturo Alsín y Josefina Pla estrenaron sus primeras piezas teatrales, de línea ibseniana⁴. Gabriel Casaccia (1907-1980) publicó su primera novela, *Hombres, mujeres y fantoches* en 1930. Julio Correa (1890-1953) empezó a publicar sus poemas en castellano, y sus comedias en guaraní, de intensa denuncia social. En su poema «Aguafuerte», repleto de imágenes ácidas —borrachos, niños tristes, ranchitos inmundos—, Correa declaraba su voluntad de pintar «el drama proletario»; ese escabroso cuadro naturalista, y la sencillez y la mordacidad del estilo se situaban lejos del gusto modernista. El realismo teatral de Correa, y el novelístico de Casaccia, iban a fundar la literatura regionalista paraguaya, en el marco de la ideología populista que se abría paso en toda América Latina. Así, si Rómulo Gallegos había pintado en *Doña Bárbara* (1928) a la matrona caciquil que encarnaba los hábitos despóticos y las corruptelas de la vieja estructura latifundista latinoamericana, Casaccia iba a censurar en *La babosa* (1952) la mediocridad existencial y las frustraciones sociales que generaba el provincianismo subdesarrollado de nuestro continente. Uno y otro reclamarían, al denunciar la insuficiencia de las reformas radicales —que en el Paraguay no evitaron, por ejemplo, la masacre estudiantil del 23 de octubre de 1931—, una nueva revolución: la populista, cuyo programa debía incluir la reivindicación de la cultura autóctona y el mestizo, despreciados por la antigua oligarquía liberal, mediante un nacionalismo crítico que, sin dejar de exigir la superación de los lastres del pasado inmediato, se presentaba al mismo tiempo como encendidamente anticomunista. Si el liberalismo había sido el gobierno de las oligarquías, y el radicalismo el de las clases medias ilustradas, el populismo se mostraba como el pacto entre un líder carismático y providencial que debía encarnar simbólicamente la virilidad de la nación, y las grandes masas campesinas y lumpemproletarias marginadas del proceso de industrialización y urbanización que se proponía el radicalismo. Líderes de este tipo fueron Getulio Vargas en el Brasil, y Juan Domingo Perón en Argentina; y, en el caso paraguayo, los jefes militares Rafael Franco, que derrocó a los liberales en 1936, e Higinio Morínigo, quien después de asumir la presidencia en 1940 los iba a declarar fuera de la ley. La guerra chaqueña había favorecido ese diálogo entre los caudillos militares y las

Plata, ver ARTURO ANDRÉS ROIG, *Los krausistas argentinos* (Puebla, México: J. M. Cajica, 1969).

⁴ ARTURO ALSINA, *La marca de fuego* (Asunción: s/e, 1926); JUAN STEFANICH, *Aurora* (Asunción: La Mundial, 1920).

masas campesinas de combatientes. Los primeros se sintieron llamados a reemplazar a los dirigentes civiles de los partidos tradicionales, y las segundas creyeron llegada la hora de la revancha, no sólo frente a la vieja oligarquía, sino también sobre los intelectuales que representaban la moderna cultura de las ciudades. Naturalmente, el populismo latinoamericano es un proceso histórico bastante complejo y contradictorio; mientras algunos populistas, como el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre y el venezolano Rómulo Betancourt fueron acusados como «comunistas» en algún momento, por sus detractores, otros, como los citados Vargas y Perón serían tachados como «fascistas». Estas tensiones motivaron en el Paraguay la sangrienta guerra civil de 1947; con Franco, que era, a su manera, el populista «de izquierda», se aliaron los radicales proscritos, y los comunistas que habían recibido de Moscú la consigna del «frente popular»; con Morínigo, quien se encontraba ejerciendo la presidencia, se asociaron los colorados del ala populista, capitaneada por Natalicio González. El triunfo de estos últimos echaría las bases para el ascenso del general Alfredo Stroessner en 1954 —quien gobierna hasta la fecha—, y, sin duda, la satisfacción del general Perón, entonces presidente de la Argentina, quien elegiría como refugio una cañonera paraguaya instalada en el puerto de Buenos Aires, al ser derrocado en 1955. Entre el líder y las masas marginadas se abría un ancho campo social, que iba a ser ocupado por una nueva élite, interesada en las obras de infraestructura y la estabilidad política —aun a costa de sacrificar los derechos y garantías individuales, en ciertos casos—, que dieran confianza a las inversiones del capitalismo internacional, ahora definitivamente encabezado en la región por los Estados Unidos⁵.

La Guerra del Chaco estimuló también el descubrimiento de los nuevos héroes literarios del populismo, como los combatientes de las piezas teatrales *Tereho je'y frente pe* de Corea y *Episodios chaqueños* de Roque Centurión Miranda y Josefina Pla, la novela *Cruces de quebracho* de Arnaldo Valdovinos, y *Ocho hombres* de José Santiago Villarejo, y el poemario *Estampas de la guerra*, de Hugo Rodríguez Alcalá; y

⁵ F. ARTURO BORDÓN, *Morínigo! un paréntesis trágico en la vida democrática del Paraguay* (Asunción: Tavaré, 1975); Ricardo Canese, *Ideas preliminares sobre el qué hacer con la energía de Itaipú* (Asunción: Emasa, 1981); EFRAIN ENRIQUEZ GAMÓN, *Itaipú, aguas que valen oro* (Buenos Aires: Guadalupe, 1975); JOSÉ FELIX ESTIGARRIBIA, *Programa de Gobierno* (Asunción: Imprenta Nacional, 1939); AGUSTÍN OSCAR FLECHA, *Distribución de ingreso y subdesarrollo* (Asunción: IDIA, 1975); JUAN CARLOS HERKEN, «Desarrollo capitalista, expansión brasilera y condiciones del proceso político en el Paraguay», *Nueva Sociedad* 17 (1977), pp. 44-62; RAMÓN LEIVA, *Paraguay subdesarrollado: sugerencias para un programa de liberación nacional* (Buenos Aires: s/e, 1975); PAUL LEWIS, *Paraguay under Stroessner* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980); ANIBAL MIRANDA, *Apuntes sobre el desarrollo paraguayo* (Asunción: Cromos, 1979); DOMINGO RIVAROLA, et al., *La población del Paraguay* (Asunción: Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1974).

los campesinos marginados de los relatos de Reinaldo Martínez, Carlos Garcete, y José María Rivarola Matto, y hasta de *El trueno entre las hojas* (1953), colección de cuentos del propio Roa Bastos. El populismo inspiró, dentro de su típico carácter contradictorio, la apología narrativa del médico rural, que diseñó Jorge Ritter sobre una especie de lejano eco de la aureola culta, profesional y reformista del Santos Luzardo de Gallegos, y por otra parte, la feroz sátira a la burguesía tradicional y a los intelectuales pequeñoburgueses, que ensayó Casaccia en *La babosa*, *La llaga*, *Los exiliados*, *Los herederos*, etc. La protagonista de la primera de estas novelas es doña Angela Gutiérrez, una arpía burguesa, intrigante e hipócrita, que envenena con la baba, con el humor viscoso de sus chismes la vida aldeana de Areguá, a cincuenta kilómetros de Asunción; entre las víctimas de esta «babosa» figuran el padre Rosales, cura español; Clara, hermana de Angela, hundida en sus neurosis sexuales; el dipsómano Ramón Fleitas, oscuro abogado y escritor frustrado... Casaccia no redime a ninguno; todos parecen criaturas aplastadas, no tanto por la naturaleza, sino por su propia incapacidad para superar unas circunstancias sociales alienantes y empobrecedoras; sólo los personajes más humildes e ignorantes, de extracción indígena, inspiran piedad al autor. El héroe de la comedia *El fin de Chipi González*, de Rivarola Matto, es un idealizado adolescente de la pequeñoburguesía rural, hábil futbolista en su aldea, acosado por la corrupción y la prepotencia encarnadas en el bruto comisario don Luis, el ambicioso contador Anastasio, etc.⁶

No conviene cerrar este recuento sin señalar el surgimiento, en la década de los cuarenta, de la literatura de vanguardia —o lo que se ha llamado también, la «contemporaneidad» poética— en el país, que se desarrolló predominantemente a través del género lírico, tanto en su vertiente social y marxista— Hérib Campos Cervera, Elvio Romero—, como en la existencial e intimista— Josefina Pla, Hugo Rodríguez Alcalá, José Luis Appleyard, José María Gómez Sanjurjo—⁷.

⁶ GABRIEL CASACCIA, *La babosa* (Buenos Aires: Losada, 1952); *Los exiliados* (Buenos Aires: Sudamericana, 1966); *El guajhù* (Buenos Aires: Proventas, 1938); *Los herederos* (Barcelona: Planeta, 1975); *Hombres, mujeres y fantoches* (Buenos Aires: El Ateneo, 1930); *La llaga* (Buenos Aires: Kraft, 1964); *Mariano Pareda* (Buenos Aires: Librería El Colegio, 1939); *El pozo* (Buenos Aires: Ayacucho, 1947); sobre el autor, FRANCISCO E. FEITO, *El Paraguay en la obra de Gabriel Casaccia* (Buenos Aires: F. García Cambeiro, 1977). CARLOS GARCETE, *La muerte tiene color* (Buenos Aires: Futuro, 1958). REINALDO MARTÍNEZ, *Juan Bareiro* (Asunción: El Arte, 1957). JOSÉ MARÍA RIVALORA MATTO, *El fin de Chipi González* (Asunción: s/e, 1953); *Follaje en los ojos* (Buenos Aires: s/e, 1952).

⁷ JOSÉ LUIS APPELYARD, *Entonces era siempre* (Asunción: Trapiche, 1963); *Imágenes sin tierra* (Asunción: Emasa, 1965); *Los monólogos* (Asunción: Oñondivepa, 1973); *El sauce permanece* (Asunción: Péndulo, 1965). JOSÉ MARÍA GÓMEZ SANJURJO, *Poemas* (Buenos Aires: Losada, 1978). HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ, *El canto del aljibe* (México: Universidad Nacional Autónoma, 1973); sobre el autor, JUAN MANUEL MARCOS, «Técnica y estilo de Hugo Rodri-

Con estos antecedentes, y en este contexto, aparece la poesía post-modernista en el Paraguay.

Esta corriente paraguaya, como la que le sirve de contexto en la América española, abarca también la novela y el cuento, como *Los de abajo* de Azuela y *La vorágine* de Rivera.

El modernismo hispanoamericano se extendió, aproximadamente, de 1888, año de la publicación de *Azul*, de Rubén Darío, hasta 1917, en que el fin de la primera guerra mundial marcaba el derrumbe definitivo del gusto decadentista y la arrogancia cultural de Europa Occidental, y la Revolución Rusa anunciaba el nacimiento de la más profunda crisis que habría que abismar al mundo contemporáneo. Durante estos años, América Latina se incorporó plenamente al sistema capitalista internacional, bajo el yugo de la dependencia y la explotación económica, y el opio de la alienación ideológica. En el proceso de modernización, urbanización, e industrialización relativas que acompañó a dicha incorporación, la región estuvo encabezada por los países del Cono Sur, excepto Paraguay; esto es, Argentina, Chile, y Uruguay. Durante el período modernista, que creció y alcanzó su apogeo en ciudades como Buenos Aires, Santiago, y Montevideo, estos países confundieron alfabetización con autonomía cultural, ferrocarriles con independencia económica, frigoríficos con Londres, rascacielos con Nueva York, y librerías con París. Un elemento fundamental en esta ilusoria veleidad colectiva residió en el hecho de que los tres países habían sido penetrados por grandes oleadas de inmigrantes italianos, españoles, y de otras nacionalidades —en especial, los rioplatenses—. Se consideraban así una avanzada europea en América Latina, con derecho a menospreciar al resto de la región, en el que predominaba, más o menos, la sangre indígena y negra. Además, la oligarquía argentina, secundada por la uruguaya y la chilena —y, en este caso, también por la paraguaya—, no ocultaba un flagrante orgullo por actuar como agente y, en situaciones imperiosas, como matarife, del neocolonialismo británico. Ese, precisamente, había sido el papel desempeñado por los argentinos Bartolomé Mitre y otros líderes unitarios, con motivo de la masacre orquestada contra el lopismo paraguayo y su aliados, el artiguismo uruguayo y el federalismo revolucionario (no rosista) argentino. Fue justamente sobre las cenizas del Estado revolucionario del Paraguay que se crearon las condiciones objetivas para que aparecieran una sensibilidad y un cosmopolitismo nuevos en el Río de la Plata, que iban a desembocar en el modernismo y, desde allí, extenderse al resto del ámbito hispánico. Si

guez Alcalá», *Cuadernos americanos* CCXXXIV, 1 (1981), pp. 179-197. ELVIO ROMERO, *Antología poética* (Buenos Aires: Losada, 1965); *Destierro y atardecer* (Buenos Aires: Losada, 1975); *Días roturados* (Buenos Aires: Lautaro, 1948); *Los innombrables* (Buenos Aires: Losada, 1970); *Un relámpago herido* (Buenos Aires: Losada, 1967).

el propio Darío no hubiese vivido y publicado en Santiago, primero, y sobre todo, en Buenos Aires, difícilmente habría extendido su prestigio más allá de su Nicaragua natal. Tal vez ni siquiera hubiese compuesto su obra. La literatura escribe a los poetas. El modernismo latente en las ciudades europeístas y vanidosas del Cono Sur inventó lo que hoy llamamos Rubén Darío⁸.

A la sangrienta cancelación del proyecto federalista revolucionario rioplatense en 1870 siguió la imposición del carnaval parlamentario y la britanización mental, productiva y financiera de la región, a cargo de la oligarquía cómplice. El nombre histórico que se iba a dar a esa «traición a América» —como la acusó Solano López— fue liberalismo.

El modernismo expresó artísticamente la alienación liberal que irradiaba el Plata. Una España sumida en el delirio del escudero andrajoso, y el resto de una América Latina menos protegida por la flota de Su Majestad del «gran garrote» blandido por William McKinley (1897-1901) y Theodore Roosevelt (1901-1909), tuvieron que suspirar admirados de la efímera y deslumbrante prosperidad que fulguraba a ambos márgenes del Río de la Plata, y de la estabilidad aparente del parlamentarismo conservador, ahí como en Chile. El Paraguay, postrado tras la masacre, no pasó de ser un oprobioso remedo de todo eso, agobiado por la vergüenza de los yerbales y malbaratado en una política fiscal le-seferista, bajo la cual los angustiados ex combatientes y sus deudos se arrastraban como almas en pena.

Del narcisismo social de la élite liberal surgió el narcisismo esteticista de los príncipes modernistas. El exotismo de éstos consistió en una especie de «pre-realismo»; allá lejos de una supuesta «madurez» de

⁸ RUBÉN BAREIRO SAGUIER, «Documento y creación en las novelas de la guerra del Chaco», *Aportes* 8 (1968), pp. 88-98; JEAN-PAUL BOREL, «Apuntes para un análisis sociológico de la narrativa paraguaya», *Cahiers du monde hispanique* 25 (1975), pp. 39-56; JAIME CONCHA, *Rubén Darío* (Madrid: Júcar, 1975); ARIEL DORFMAN, «Niveles de la dominación cultural en América Latina: algunos problemas, criterios y perspectivas», *Ideologies and Literatures* II, 6 (1978), pp. 54-89; ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR, *Ensayo de otro mundo* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1969); *Lectura de la Literatura Hispanoamericana* (La Habana: Casa de las Américas, 1975); «Algunos usos de civilización y barbarie», *Casa de las Américas* XVII, 102 (1977), pp. 29-52; JEAN FRANCO, «The crisis of the liberal imagination and the utopia of writing», *Ideologies and Literature* I, 1 (1976-77), pp. 5-24; NOË JYTRIK, *José Hernández* (Buenos Aires: CEDAL, 1971); ALEJANDRO LOSADA, *Martin Fierro, gaucho, héroe, mito* (Buenos Aires: Plus Ultra, 1967); «La literatura urbana como praxis social en América Latina, Bases para la formación de un paradigma de la cultura ilustrada dependiente de las élites oligárquicas en el período preindustrial 1780-1920», *Ideologies and Literature* I, 4 (1977), pp. 33-62; BLAS MATAMORO, *Oligarquía y literatura* (Buenos Aires: Ed. del Sol, 1975); ALFREDO ROGGIANO, JOHN BEVERLEY y HUGO ACHUGAR, eds., «Ideología y crítica literaria en la América de habla española», *Revista Iberoamericana* XLVII, 114-115 (1981); HERNÁN VIDAL, *Literatura hispanoamericana e ideología liberal: surgimiento y crisis* (Buenos Aires: Hispamérica, 1976); DAVID VIÑAS, *Literatura argentina y realidad política* (Buenos Aires: Siglo XX, 1971-73), 4 vols.; ALVARO YUNQUE, *La literatura social en la Argentina* (Buenos Aires: Claridad, 1941).

nuestras letras, como alegremente se ha asegurado, más bien una conciencia profundamente infantil de toda una generación literaria: un «espejismo» como el que describe la teoría psicoanalítica de Lacan. De ahí que intelectuales correspondientes a ese período, como José Martí, en una punta, o Rafael Barret, en la otra, planteen tantas dificultades a los críticos que forcejean por meterlos dentro del cuadro modernista; eso se debe a que, si bien asimilaban algunas técnicas expresivas de la época, no padecieron el espejismo liberal.

En cambio, la adjetivación suntuosa, la música ornamental y otras manías aprendidas en sus modelos franceses, Bécquer, Poe, o D'Annunzio, aspiraban en la pluma modernista clásica a repetir con el verso el lujo que derrochaban en Buenos Aires y París los señoritos estancieros que aprendían a leer memorizando Dante, Milton, y la *Chanson de Roland*, bebían champagne frente al Sena, y vendían sus vacas a Inglaterra.

La oligarquía porteña compró con corresponsalías, juegos florales y agasajos fastuosos al cónsul nicaragüense y sus acólitos. Resignado a no heredar un nombre patricio como el del general Mitre, a quien dedicó una oda y cuya familia lo subvencionaba a través del diario *La Nación*, este mestizo nacido García renunció al suyo propio y buscó la «fantasía» lacaniana de otro más sonoro. Así podría sentirse más cómodo en compañía de sus cisnes, sus nelumbos del Norte, y sus perlas de Ormuz⁹.

Idéntico soborno sería intentado a propósito de la imagen y la obra de viejos poetas federalistas como Olegario Víctor Andrade.

No quiero empalidecer, en modo alguno, el respeto que se profesa merecidamente a Rubén Darío, como poeta y como persona; todo escritor tiene el derecho de elegir temas, estilo y seudónimo, y, sin duda, *Azul*, *Prosas profanas*, y *Cantos de vida y esperanza* son libros magistrales que disfrutaban de una inmortal universalidad. Al contrario, creo que señalando la alienación liberal padecida por el modernismo es como mejor se lo comprende: víctima, y no agente, del sistema establecido¹⁰.

Como ha expresado Alfredo A. Roggiano, frente al cosmopolitismo y lo exótico del modernismo, el postmodernismo proclama *el aquí y el ahora*. Se puede decir que es un existencialismo *avant la lettre*. Lo nacional, lo vernáculo, lo provinciano, lo cercano, lo familiar forman parte del interés inmediato, fundamental de los postmodernistas. Lo coti-

⁹ En *El canto errante*, de 1907, junto con su neocolonial «Salutación al Aguila», Darío incluía los poemas «Arbol feliz», y «Oda a Mitre», en homenaje al ángel exterminador del liberalismo neocolonial en el Plata. Cf. Rubén Darío, *Poesías completas* (Madrid: Aguilar, 1968), pp. 723-31.

¹⁰ FRANÇOISE PERUS, *Literatura y sociedad en América Latina, El Modernismo* (México: Siglo XXI, 1976); ANGEL RAMA, *Rubén Darío y el modernismo* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1970).

diano y lo común, como nueva conquista temática y lingüística. El tema no proviene de la literatura, la lengua no brota de lo literario, sino que emana del contorno, de lo más accesible.

La postrer poesía modernista, desasida de las garantías psicológicas que la habían sustentado durante su apogeo, tiene menos un aire de narcisismo que de desolación. Poetas viejos, o envejecido por la desesperación y la inseguridad, se niegan a vivir en un mundo que ya no les pertenece, como Darío o Lugones. En sus poemas finales, con los espejos hechos añicos y la máscara a los pies, apunta conmovedoramente el postmodernismo. Si Darío fue el padre del modernismo, Antonio Machado merece ser reconocido como el gran precursor de esa nueva sensibilidad hostil al amaneramiento burgués y simbolista.

Poesía de la palabra cotidiana, de la sinceridad y la humildad, el postmodernismo se extendió aproximadamente desde 1917 hasta finales de la segunda guerra mundial, cuyas consecuencias congelarían el planeta en una interminable acechanza atómica y harían nacer inevitablemente la actitud existencial propiamente contemporánea.

En la América española coexistió con los gobiernos radicales del uruguayo Batlle, el argentino Yrigoyen, y el paraguayo Eligio Ayala, con el Frente Popular chileno y la institucionalización de la Revolución mexicana. Años favorecidos por el fracaso del proyecto liberal neocolonial y la buena voluntad del segundo Roosevelt, pero también, amenazados por el auge europeo de Stalin, Mussolini y Hitler y sus imitadores criollos y la gran Depresión, conocieron al principio cierta estabilidad reformista encabezada por las clases medias ilustradas, al amparo de la cual se desarrollaron movimientos anarquistas y socialistas, se promulgaron el sufragio universal y leyes obreras y feministas, y un creciente proletariado industrial organizó sindicatos y partidos de clase en Uruguay, Argentina y Chile.

Más tarde, en el umbral de los años treinta, la crisis económica creó las condiciones para la «década infame» argentina, el conservadurismo de Alessandri en Chile (1932-1938), y el efímero gorilato de Gabriel Terra en el Uruguay. En el Paraguay, más al margen de la economía internacional, la conciencia providencialista del cacique militar y el hundimiento del radicalismo serían estimulados por la Guerra del Chaco.

La nueva generación poética había aprendido de la desolación modernista la belleza de la solidaridad. Olvidando (a veces, deconstruyendo) la retórica de la aliteración y el soneto alejandrino, se vertió en versos sencillos, confidenciales, íntimos, deliberadamente modestos, que iban a ser confundidos, aquí y allá, por la crítica, como una erupción de mediocridad y anacronismo. Y, en el peor de los casos, simple y alevosamente ignorados. Ocultamiento o enmascaramiento de la poesía popular: tales, las habituales atrocidades de la crítica minotáurica¹¹.

¹¹ ENRIQUE ANDERSON IMBERT pasa a lo que denomina «plenitud del modernismo»,

El Paraguay, muy al contrario de lo que se ha afirmado adentro y afuera del país, no sufrió una suerte distinta. El postmodernismo floreció, no a destiempo, sino con la misma vitalidad y unos modos y una sensibilidad afines a los del resto de Hispanoamérica.

En una palabra, el postmodernismo no fue un vacío cubierto por el leproso de las voces populacheras y toscas de una plebe literaria sin gusto ni cultura, o una chusma ignorante de los refinamientos de París y la elegancia de los salones mundanos. En realidad, la lepra física de un Ortiz Guerrero era menos indigna y voluntaria que el elixir y el opio de los «decadentistas».

Tampoco merece el postmodernismo una mera clasificación transicional. El mismo hecho de que tengamos que denominarlo, por ahora, con un prefijo anodino denuncia el vejamen de que ha sido objeto.

Rebajar la poesía de ese período histórico latinoamericano —durante el cual además despertaron expresiones definitivas y definitorias como la guaranía y el tango— supone humillar, de paso, las re-

1895-1910 (Capítulo XI, vol. I), a la «integración del modernismo con la realidad americana», 1910-1925 (Capítulo XII, vol. II), en su *Historia de la literatura hispanoamericana* (México: FCE, 1954). Entre los poetas de este segundo período incluye a López Velarde, Brull, Blanco, Barba Jacob, De Greiff, Vallejo, Mistral, Rokha, Agustini, Ibarbourou, Sabat Ercaasty, Fernández Moreno, Storni, Girondo. En medio de autores más o menos posteriores al modernismo, y sin preocuparse de estudiarlos como figuras de un período autónomo, ubica a Fariña Núñez y Ortiz Guerrero, precedidos de la frase lapidaria y falsa que iba a tiranizar como una superstición bíblica a los críticos paraguayos con complejo de inferioridad: «El Modernismo empezó a manifestarse aquí (en Paraguay) cuando en casi toda Hispanoamérica estaba ya liquidado» (p. 65). También se equivoca sobre el Paraguay y su cultura en su *Literatura hispanoamericana, antología e introducción histórica* (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1960); desterrada la literatura guaraní del lado de la náhuatl y la quechua, entre un centenar y medio de autores, sólo incluye a dos paraguayos: Ruy Díaz de Guzmán (falsificando como *La Argentina* el título de su obra) y Hérib Campos Cervera; pero los señores Anderson y Florit, que cometieron el libro, si se incluyen a sí mismos en ese dudoso florilegio. Aun historiadores y antólogos que establecerán el postmodernismo como una «etapa de transición» entre el modernismo y la vanguardia van a incurrir en similares amnesias. Así, Julio Caillet Bois, en su *Antología de la poesía hispanoamericana* (Madrid: Aguilar, 1958), instala a Fariña Núñez en la maraña de Barba Jacob, Carriego, Fernández Moreno, Agustini, Silva Valdés, Sabat Ercaasty, Mistral, López Velarde, Reyes, Rivera, etc.; entre cerca de seiscientos poetas introduce tres paraguayos: el citado Fariña, Campos Cervera y Elvío Romero. LUIS LEAL, en su *Breve historia de la literatura hispanoamericana* (New York: Alfred A. Knopf, 1971), designa como postmodernistas a los poetas González Martínez, Mistral, Eguren, Carriego, Fernández Moreno, Agustini, Banchs, Storni, Ibarbourou, Barba Jacob, Luis Carlos López, López Velarde, etcétera; no cita a ningún paraguayo en ese período, ni en cualquier otro —excepto Campos Cervera y Roa Bastos— entre más de cuatrocientos autores. JEAN FRANCO, en su *Historia de la literatura hispanoamericana* (Barcelona: Ariel, 1975), apreta a Lugones, López Velarde y Fernández Moreno en «la corriente mundonovista o localista del modernismo», y el siguiente poeta del que se da por enterada es ya nada menos que Huidobro. Ni autores sociales como Barret, Correa, Campos Cervera o Elvío Romero merecieron su atención. A pesar de que esta edición catalana apareció un año después que *Yo el Supremo*, el mismo Roa Bastos no aparece más que como autor de *Hijo de hombre*.

formas sociales y el clima de tolerancia cívica que lo caracterizaron. Es un grosero ardid, tanto de los populistas que deben abogar por cualquier caudillismo totalitario, como de las élites de vanguardia atadas a los fetiches publicitarios del consumismo editorial¹².

En el Paraguay latió en su hora la sensibilidad postmodernista. La sobriedad coloquial de un Antonio Machado, en Anselmo Jover Peralta. La acuarela perturbadora de un Ramón López Velarde, en Facundo Recalde. La intuición de la muerte, como una isla en el archipiélago, de una Delmira Agustini, en Heriberto Fernández. La técnica metonímica del primer Borges, en el primer Hugo Rodríguez Alcalá. La ironía provocadora de un León Felipe, en Julio Correa. La transparencia erótica del primer Neruda, en Dora Gómez Bueno de Acuña. La solidaridad atrincherada de un César Vallejo, en Vicente Lamas o Hérib Campos Cervera. El intimismo desolado de una Gabriela Mistral, en José Concepción Ortiz. El provincianismo antirretórico de un Fernández Moreno, en Hipólito Sánchez Quell. Y hasta, en el borde de la vanguardia, la tragicidad existencial de una Alfonsina Storni, en Josefina Pla. La actitud deconstructiva postmodernista habría de servir, más tarde, como fuente de inspiración para los escritores paraguayos de la generación posterior, no sólo dentro del género poético, sino también de la novela. Para no mencionar sino el ejemplo más notable, tal es el caso de Augusto Roa Bastos. En su novela *Yo el Supremo*, Roa Bastos toma como pretexto el discurso histórico académico, impuesto por la cultura dominante en el Paraguay, para elaborar un nuevo discurso, de naturaleza mítica y revolucionaria. Tal vez haya sido Jean Franco la primera en señalar que *Yo el Supremo* apela a documentos históricos para poner de relieve la ideología neocolonial que ejerce su hegemonía en América Latina y, quizá, al «carnavalizarlos» —en términos de Mikhail Bakhtin—, socavar los valores establecidos mediante una parodia de inspiración popular¹³. No me cabe duda de que, en efecto, este ha sido uno de los procedimientos textuales empleados en la novela para subvertir el discurso «monológico» de los historiadores paraguayos. Se trata de una operación de «deconstrucción», para usar la palabra con que Jacques Derrida denomina a un método muy precedente a su propia obra, que Jonathan Culler ha definido sencillamente como la demostración de que la lógica de un argumento dado puede ser no solo rebatida, sino revertida, cuando se basa en una paradoja o contradicción fundamental¹⁴. El propio Roa Bastos ha explicado su propósito de

¹² NOEMI ULLA, et al., «Tango, poesía popular del yrigoyenismo al peronismo», *Crisis* 7 (1973), pp. 3-23.

¹³ JEAN FRANCO, «Dependency theory and literary history: the case of Latin America», *The Minnesota Review* 5 (1975), pp. 65-79.

¹⁴ JONATHAN CULLER, «Jacques Derrida», en John Sturrock, et al., *Structuralism and since* (N. York: Oxford University Press, 1979), p. 159.

«deconstruir» —dice él, con una metáfora más feliz, «reprobar»— la versión oficial de los hechos históricos¹⁵. La bibliografía crítica sobre *Yo el Supremo* ha crecido mucho en los últimos años. Sin embargo, no parece todavía exhaustivo su estudio como texto «dialógico», es decir, según la excelente definición de Fredric Jameson a propósito de Bakhtin, como «una ruptura del texto unidimensional de la narrativa burguesa, una dispersión carnavalesca del orden hegemónico de la cultura dominante»¹⁶. Por mi parte, he esbozado algunas lecturas críticas al respecto¹⁷.

Ahora bien, el discurso de Roa Bastos corresponde al de un elaborado intelectual «inorgánico». Sin embargo, el estudio minucioso de la poesía postmodernista de las décadas precedentes permite sostener la idea de que en la raíz de la mejor tradición literaria del Paraguay actual yace la lección de humildad y de sensibilidad popular que proyectaron con su escritura lírica poetas como Ortiz Guerrero y Correa¹⁸.

JUAN MANUEL MARCOS
Oklahoma State University
(EE.UU.)

¹⁵ BEATRIZ RODRIGUEZ ALCALA DE GONZALEZ ODDONE, «*Yo el Supremo* visto por su autor, y aproximaciones», *Letras de Buenos Aires* 3 (1981), pp. 135-36.

¹⁶ FREDRIC JAMESON, *The Political Unconscious, Narrative as a Socially Symbolic Act* (Ithaca, N. Y.: Cornell University Press, 1981), p. 285.

¹⁷ Por ejemplo, en dos ensayos: «Borges, Derrida and the Minotaur», y «*Yo el Supremo* como deconstrucción del discurso histórico», leídos en la Universidad Johns Hopkins, de Baltimore (2 de febrero de 1982), y en la Universidad de Maryland, de College Park (27 de marzo de 1982), respectivamente. Cf. también mi *Roa Bastos, precursor del post-boom* (México: Katún, 1983).

¹⁸ Véase el concepto de «interpelación» empleado por ERNESTO LACLAU en «Towards a Theory of Populism», en su *Politics and Ideology in Marxist Theory* (Londres: New Left Books, 1977). El concepto de intelectual «inorgánico» es paradójicamente de origen gramsciano, pero no tanto inspirado en su «Appunti e note sparse per un gruppo di saggi sulla storia degli intellettuali», *Quaderni del Carcere* (Torino: G. Einaudi, 1975), pp. 1513-51, como en su estudio sobre el Estado jesuita en el Paraguay, *ibidem*, p. 920 et passim. Siguiendo a CROCE, que en su *Materialismo storico ed economia marxistica* señalaba que la experiencia jesuítica, con el pretexto de cierto «consumismo campanelliano», se reducía a una sabia explotación capitalista, Gramsci propone el modelo jesuítico como el precursor más significativo del capitalismo contemporáneo: «Tutte la tendenze organiche del moderno capitalismo di Stato dovrebbero essere ricondotte a quella esperienza gesuítica».